



La contemplación, fundamento del filosofar

Contemplation, the foundation of philosophizing

Prof. Joaquín García Pedrosa

joaquin gp@institutoseminariosanjose.edu.ar

Instituto Seminario San José – La Plata – Argentina

Resumen

La filosofía, el pensar sobre la realidad y encontrarle un sentido, nace de una actitud receptiva del hombre que descubre las maravillas que lo rodean y componen la vida misma, despertando el asombro, al cual le siguen los interrogantes. En el presente artículo se intenta simplemente reflexionar, a partir de ciertos autores, sobre esta condición fundamental del ser humano que lo hace conocer y profundizar en las cosas y en sí mismo. Sin pretensión de agotar el tema porque, justamente, a partir de esta actitud nos damos cuenta que siempre el verdadero filósofo y pensador sincero descansa en un sabio no saber.

Palabras clave: contemplación, asombro, filosofía, realismo.

Abstract

Philosophy, thinking about reality and finding meaning in it, arises from a receptive attitude in humans who discover the wonders that surround them and make up life itself, awakening wonder, which is followed by questions. This article simply attempts to reflect, based on certain authors, on this fundamental condition of human beings that makes them know and delve deeper into things and themselves. It does not claim to exhaust the subject because, precisely, based on this attitude, we realise that the true philosopher and sincere thinker always rests in a wise not knowing.

Keywords: contemplation, wonder, philosophy, realism.



Introducción

Me propongo simplemente desarrollar un tema, a partir de la mirada de algunos autores, que es el fundamento de la actividad del pensamiento filosófico: la contemplación, algunos de los presupuestos que la justifican y las consecuencias que se desprenden de la negación o reafirmación de la misma.

Una de las razones por las que quiero investigar y pensar sobre esto es, justamente, la contemplación de la realidad urbana en que vivimos, en la cual casi nada hay de natural plenamente y se vive volcado hacia el exterior. La superficialidad y la fugacidad del momento son características generales que se suelen observar, incluso en nosotros. Percibo que estamos en una época baja de la cultura o, como se suele decir, época de pensamiento débil. Y los signos de los tiempos nos reclaman volver a lo más real y profundo de nuestra interioridad que exige, sí o sí, una actitud receptiva y silenciosa: la actitud contemplativa, “un mirar que se despliega a partir de la inclinación amorosa y positiva” (Delbosco, 2008 p. 12).

No quisiera plantear el tema dialécticamente: *teoría-praxis* como opuestos o contradictorios. Sino la contemplación como principio unificador de toda actividad humana, comienzo y fin. Ya Hannah Arendt, analizando la tradición filosófica, plantea que a lo largo de la historia del pensamiento se ha hecho hincapié en uno u otro aspecto, pero que siempre, “tradicionalmente [...] la expresión *vita activa* toma su significado de la *vita contemplativa*” (Arendt, 2024, p. 28). Intentaré describir por qué esto es así. Porque “no es algo casual el hecho de que la historia de la filosofía occidental empiece con la risa de una fármula [sirvienta] tracia al ver caer en un pozo al contemplador de los cielos [Tales de Mileto]” (Pieper, 1998, pp. 180-181).

Naturaleza (*φύσις*)

En primer lugar, debemos aclarar qué concepto de naturaleza trabajaremos. Porque la actitud contemplativa cambia totalmente dependiendo de él. Por ejemplo, Hannah Arendt, ya que la citamos, es más bien neokantiana. “En este mundo [...] *Ser y Apariencia coinciden*” (2002, p. 43). Entonces la *vita contemplativa* es una retirada del mundo de los fenómenos que hace presente lo ausente, es una actividad humana totalmente separada de la *vita activa*. “Arendt define la vida contemplativa como una huida del mundo” (Han, 2024, p. 102).

Tanto en la filosofía de Santo Tomás como en los antiguos, lo que se nos aparece (*pháíno*) es manifestación del ser interior. La naturaleza es concebida como un principio esencial que define a un ser y que se puede conocer (*intus-legere*). La naturaleza, es decir, la esencia en cuanto principio de operación, determina lo que un ser es tanto en acto como en potencia. Además, determina su finalidad. Y esa esencia es cognoscible para el hombre tal cual es y se aparece. No hay filtros entre medio, no es un fenómeno que posee un *noúmeno* inalcanzable para la inteligencia. Conocemos la realidad tal cual se nos presenta. Eso es el realismo filosófico.

Aristóteles en la Física define *physis* de la siguiente manera: "...es un principio y causa del movimiento y del reposo en la cosa a la que pertenece primariamente y por sí misma, no por accidente" (II, 192b20)¹. Naturaleza es, entonces, un principio intrínseco de movilidad. Y todas las demás cosas se ordenan conforme a esa *physis*, por ejemplo, el desplazarse hacia arriba del fuego (cf. 192b35). Y el hombre también está ordenado, inclinado, por su misma naturaleza, a conocer la esencia de los seres que lo rodean y de su propio ser. "Las cosas de este mundo son portadoras de un *logos*, de un sentido, que nuestra inteligencia está en condiciones de captar si les presta su atención" (Delbosco, 2008, p. 14). Y esto, dice Aristóteles, es evidente por experiencia (Física, I, 2, 185a), "sería ridículo intentar demostrarlo" (II, 1, 193a).

Este principio de movimiento que es la naturaleza el hombre puede inteligirlo y descubrir cierto sentido y orden que hay en él. Además, por ser algo que los seres poseen por sí mismos, no sería absurdo pensar que alguien lo pensó y lo imprimió en cada ente natural. En el mundo de hoy se nos hace muy difícil hablar de naturaleza pues ya casi nada de lo que nos rodea, sobre todo en la urbe, es algo dado, sino fabricado por nosotros mismos.

Sería entonces imposible la contemplación si no se tiene al mundo como algo creado: una Inteligencia que creó, ordenó e imprimió finalidad en cada ser existente. De ahí la afirmación de Santo Tomás "que subraya que toda realidad natural está constituida entre dos intelectos, a saber: el del Creador, que la concibió, y el de la creatura, que la conoce" (2008, p. 14)². La realidad, entonces, tiene algo que decirnos sobre sí misma, está cargada de sentido. Y nosotros estamos inclinados inevitablemente a una actitud contemplativa frente a ella, ya que el hombre "por naturaleza conoce lo que por naturaleza desea" (S.Th, I, 2, 1, obj. 1).

Mas este conocimiento de la realidad, por provenir ella de una inteligencia infinita, "el hombre nunca llega a conocerlas totalmente [las cosas naturales], a *comprehenderlas* [...] Su fondo de inteligibilidad es insondable para el hombre" (Delbosco, p. 15). Esto nos habla de una doble dimensión del conocimiento: la gnoseológica que puede captar la realidad y llegar a ciertas certezas a través del *logos*: el pensamiento y la ciencia; y otra espiritual, que reconoce la incomensurabilidad y trascendencia más allá del conocimiento acabado de la realidad. Es decir, por el pensamiento demostrativo se llega a ciertas verdades y certezas, pero los silogismos no logran captar la totalidad de la verdad del ser que se nos presenta. Aquí se observa la imposibilidad de agotar el conocimiento de toda la realidad en un sistema de pensamiento, y también el carácter de misterio presente en la naturaleza.

¹ También encontramos una serie de definiciones de *physis* en Metafísica, V, 4. Todas orientadas a lo mismo: un principio inmanente capaz de mover o ser movido.

² "Res ergo naturalis inter duos intellectus constituta, secundum adaequationem ad utrumque vera dicitur" (*De Veritate*, q. 1, art. 2, corpus): la cosa natural, situada entre los dos intelectos, se dice verdadera según su adecuación a cada uno (traducción del autor).

Teoría (Θεωρία)

Esta palabra griega hace referencia a un movimiento de la mente y del espíritu, que se detiene a observar los fenómenos que se aparecen en la realidad: contemplar. También la palabra latina *contemplare* sería, literalmente: junto al templo, un lugar sagrado para ver el cielo. Esto ya nos encamina a una idea de qué significaba para los antiguos contemplar: es la actitud receptiva de detenerse, mirar, dejarse conmover y asombrarse por lo que se me está apareciendo y que —simbolizado en el cielo— aspira a preguntarse sobre la totalidad del ser. Esta dirección hacia lo universal necesita, al mismo tiempo, fundamentarse en un ser-en-sí, un sujeto que sea capaz de poseer una fuerza de relación con el ser objetivo, capaz de inteligirlo. Entonces, tanto el sujeto como el objeto, en esta actitud, podríamos decir que nos hablan de algo de sagrado (cf. Pieper, 1998, pp. 114-115). Pues se requiere una distinción, no huida, entre el fenómeno y el ser que oculta y, de parte del sujeto, entre simple aprehensión y procesión del *lógos* interior o pensamiento (lo cual lo hace capaz de seguir indagando y haciéndose preguntas acerca de todo lo que lo rodea).

Justamente esta capacidad de la persona humana es la que marca el inicio de la filosofía como tal con el hecho paradigmático que citamos arriba y al que Platón refiere en el diálogo Teeteto:

Es lo mismo que se cuenta de Tales, Teodoro. Éste, cuando estudiaba los astros, se cayó en un pozo, al mirar hacia arriba, y se dice que una sirvienta tracia, ingeniosa y simpática, se burlaba de él, porque quería saber las cosas del cielo, pero se olvidaba de las que tenía delante y a sus pies. La misma burla podría hacerse de todos los que dedican su vida a la filosofía. (Teeteto, 174a)

De esta actitud contemplativa surgen, inevitablemente, preguntas, por eso nace así la filosofía. Y esta actitud busca comprender las realidades en sí mismas, intentando explicar el sentido de las cosas que somete a consideración. A partir de diversos casos justos o injustos o de cosas bellas se eleva a las preguntas: ¿qué es la justicia?, ¿qué es la belleza? Hay allí un grado de abstracción más elevado e inmaterial que distingue la capacidad del hombre con respecto a los demás seres vivos. Y, contrariamente a lo que se podría pensar, no es un “irse” y despreocuparse del mundo circundante para vagar en cuestiones que nada tienen que ver con la vida cotidiana.

Es más, el mundo circundante del hombre corre el riesgo de tornarse monótono si se cree que solo existe la materia y lo único que se hace es transformarla siempre de nuevo. Se cae así en una realidad de cosas y fines inmediatos³ que nos quitan la capacidad de filosofar: commover al mundo cotidiano para develar cierta realidad que espeja las imágenes esenciales eternas de las cosas (cf. 1998, p. 119).

Aquí comenzamos a percibir ciertos riesgos. Pueden darse dos posibles “alienaciones”. Una, es la de desarraigarse sin tener en cuenta esta integración entre

³ Que, por cierto, es algo que los mismos neo-marxistas terminan criticando sobre la sociedad: la inmediatez del sistema de consumo que nos garantiza bienestar y comodidad y nos adormece la capacidad revolucionaria. Cf. Marcuse, 1954, Introducción y cap. 1: “Las nuevas formas de control”.

el mundo circundante de objetos fugaces y el mundo como totalidad del ser (cierto gnosticismo). La otra, la de arraigarse tanto que se pierda de vista lo trascendente de lo ordinario y se cae en esa inmediatez y fugacidad que caracterizan la vida considerada como orientación a meros fines útiles, perdiéndose así la capacidad de pensar e interrogar desde el propio espíritu personal. El resultado en ambos casos (el supuesto “gnóstico” o el materialista) es lo que observamos en la introducción: la superficialidad. Ya sea por escape o por inmanencia, no se logra penetrar el ser de las cosas, no se logra contemplarlas en lo que realmente son.

“¡Quién podrá pensar formalmente poder emigrar por completo y definitivamente del mundo de la jornada de labor de la muchacha tracia, a no ser que emigre de la misma realidad humana!” (1998, p. 120). Para emigrar de esa realidad es necesario la actitud contemplativa que aspira siempre a ser, en cierto modo, todas las cosas (cf. Aristóteles, 2019, III, 8, 431b). Es connatural al ser humano esta tendencia a separar lo corruptible de lo eterno, “irse” hasta allí para explicar los fundamentos de lo mudable, incluyéndose a sí mismo como un gran interrogante.

Por lo tanto, el mundo circundante – intervenido a partir de la *praxis* – y el mundo como totalidad – descubierto con una actitud receptiva-teorética – no son dos espacios opuestos de la realidad. Sino que, desde el segundo, se interrogan y contemplan las realidades intentando comprenderlas y explicarlas. “Toda vida espiritual, incluso la misma *praxis*, nace en el puro percibirse de la realidad...” (1998, p. 217). Y esto por la capacidad potencial de totalidad del alma humana. “Captar en lo cotidiano y habitual lo verdaderamente desacostumbrado e insólito, *mirandum*⁴, es el comienzo del filosofar” (1998, p. 129). De aquí que la *teoría* es el fundamento de toda actividad humana, de la *praxis*.

Lo sagrado

Hablamos arriba del sujeto y el objeto como sagrados en la relación de conocimiento que los encuentra entre sí (y a la cual ambos están por naturaleza inclinados). Justamente la etimología latina hace referencia al *templum* como el lugar desde donde observar: junto-a. El templo simboliza un espacio separado de la realidad, aunque no desvinculado. Pero es un lugar inviolable por cualquier apresuramiento y avasallamiento.

Templo quiere decir [...] que una determinada superficie se separa, acotándola, cercándola, deslindándola del resto del suelo que se utiliza para el cultivo y la colonización, y que esta superficie cercada se transfiere, por decirlo así, a los dioses en propiedad, no se la habita ni cultiva, se la sustrae al aprovechamiento. (1998, p. 68)

Es necesaria una actitud de detenimiento para ingresar en él, es preciso acallar ciertas voces y ruidos para captar la realidad que el símbolo ante mí me está representando – ya sea el mar, un árbol, un animal, el lenguaje de una persona, su tonalidad de voz, sus

⁴ Asombrarse, preguntarse para buscar respuestas más allá de las apariencias.

gestos y miradas, etc. –. Esto es importante tenerlo en cuenta cada vez que se quiere penetrar más allá del fenómeno para captar la realidad, la verdad que oculta (*alétheia*).

Esto nos lleva a pensar que un cierto carácter religioso impregna esta fundamentación filosófica y hasta se podría objetar, como han intentado muchos autores del siglo XX, que la filosofía y la metafísica siempre estuvieron impregnadas de teología desde Platón y hay que intentar desligarla de ese sentido del ser. Pero no podemos negar el matiz religioso que la acompañó siempre por la reverencia y el respeto a la tradición – que muchos han despreciado y querido destruir – que arrastraba ciertas verdades a través de los sabios⁵. “A todo filosofar precede una interpretación del mundo transmitida por la tradición como algo dicho «ya desde siempre» y que en ella se enciende la llama del filosofar” (1998, p. 150). El mismo Aristóteles decía que el amante del mito es amante de la sabiduría (*philosophos*), porque el mito se compone de maravillas, y “el que se siente perplejo y maravillado reconoce que no sabe” (Metafísica, I, 2, 932b15).

Pero volvamos. Estas preguntas que surgen a partir de quedarse conmovido y perplejo pueden ser hechas en un lugar que no pertenece al mundo impregnado de la mentalidad laboral pragmática-utilitaria. Esto no quita que el hombre trabajador actual no pueda contemplar. Es más, “...cuando al trabajo se le quita el contrapeso de la verdadera festividad y del verdadero ocio, se vuelve inhumano” (1998, p. 70). Entonces, el “espacio” donde se realiza la contemplación tiene que ser por fuera de la “pura acción” con fines prácticos. Y cuando digo “fuera” no hablo contraponiendo ambas dimensiones humanas, sino fundamentando una sobre la otra: es una actitud interior –y esto es sumamente difícil de adquirir en el mundo que experimentamos hoy–. Allí se puede descansar y “bucear” dentro de sí mismo. Y allí empezamos a hacer conscientes las necesidades más profundas. Una necesidad y dependencia metafísica– esto lo retomaremos más adelante–, aun en medio de las preocupaciones por las necesidades básicas materiales.

La intemporalidad es la esencia de la fiesta. El tiempo-de-fiesta es un tiempo detenido. Así transitamos [*begehen*] por la fiesta. Solo se puede transitar algo que *está detenido* y no *pasa* [*vergeht*]. Transitamos por la fiesta como por un magnífico edificio. Quien actúa tiene objetivos en mente. *Ir hacia algún lado y aspirar a algo* son su modo de andar. Quien solo actúa no está capacitado para el transitar festivo que detiene el tiempo. El transitar, por lo demás, está libre de toda meta. Por ello se diferencia de la acción, unida necesariamente a una meta. (Han, 2024, p. 100)

Siempre me sorprendió sobremanera la capacidad de Tolkien de transmitir esta actitud, sobre todo en el primer libro del Señor de los Anillos: “La comunidad del anillo”. Los hobbits eran portadores del objeto capaz de dominar toda la Tierra Media. Eran responsables de la misión más importante de la historia. De ellos dependía la vida de todos. Y, sin embargo, permanecían un tanto ignorantes, era algo que los excedía por todos lados. Y además, eran de un pueblo acostumbrado a disfrutar cada momento de descanso,

⁵ Podemos pensar a la tradición como lo sagrado pasando a través del tiempo, superando el tiempo y el espacio. Hay algo ahí distinto de otras cosas fugaces digno de que se le preste atención (pensemos, por ejemplo, las grandes obras literarias griegas que fueron de tradición oral durante muchos siglos antes de ponerse por escrito, o los escritos de la Biblia).

comida, lecho, cantar canciones, contar historias de sus antepasados, bailar, hacer fiesta, vivir con intensidad lo cotidiano, en cada lugar en que los recibían y les daban alojamiento. Eso no los desligaba de su responsabilidad ni de momentos difíciles, justamente les daba la fuerza necesaria para seguir la peregrinación más importante de toda la Tierra Media.

Solemos decir, entonces, que contemplar es estar frente a lo sagrado. Es percibir en la realidad –y en mí mismo! – un orden que pende de una voluntad creadora y ordenadora del cosmos y del microcosmos (el hombre) a la que todos llaman Dios. Y este es el ámbito del culto, del ocio y de la cultura propiamente dicha. “La cultura vive del culto, porque es una palabra que excede lo puramente utilitario [...] «en el trato festivo con los dioses» adquiere el hombre su verdadera e íntegra fisonomía” (1998, p. 73).

Misterio que reclama silencio

Esto nos lleva a pensar que lo maravilloso con lo que se encuentra el contemplativo y que lo mueve al asombro, es una realidad que no se agota nunca, como dijimos al principio. Nunca se podrá acabar el conocimiento sobre la verdad presente en mí y ante mí. Aquí entra un aspecto fundamental del filósofo, quien siempre estará en movimiento de búsqueda y asombro constante. El asombro filosófico, justamente, descansa en un no saber (cf. 1998, p. 159). Querer empezar y terminar un pensamiento filosófico en un sistema que cierra herméticamente es una actitud anti-misterio. Por lo tanto, “no puede darse un sistema cerrado de la filosofía. La pretensión de poseer la fórmula del mundo es por necesidad conceptual, afilosófica, seudofilosófica” (1998, p. 145). Un gran pensador del siglo XX escribe: “el espíritu filosófico, que camina en busca de la verdad, dase cuenta de que los sistemas filosóficos son generalmente verdaderos en lo que afirman, pero falsos en lo que niegan, porque la realidad es más rica que todos ellos” (Garrigou-Lagrange, 1945, p. 109).

Este sentido que se llega a captar pero no poseer está en la esencia misma del filosofar desde los antiguos. Y esto siempre impondrá un «no» al espíritu que tiende a la claridad y el carácter cerrado de sistema (cf. 1998, p. 162). La pretensión racionalista de querer explicar toda la realidad a la perfección y de que eso nos conducirá a un progreso indefinido en el cual podremos controlar todos los fenómenos naturales va en contra del misterio ante el cual se maravilla el filósofo, amante de la sabiduría.

Uno de los casos paradigmáticos que se opone a esta actitud contemplativa de un conocimiento inagotable y que marca este inicio de mentalidad en la edad moderna es el de Bacon:

Bacon sugiere una idea interesante, a saber: que la armonía entre los hombres puede alcanzarse mediante un control de la naturaleza que les facilite los medios precisos para su vida. Esto que parece tan sencillo no ha sido logrado jamás en la historia de la humanidad, ya que el dominio sobre la naturaleza ha sido limitado, insuficiente para que los hombres logren el dorado sueño de vivir sobre la Tierra sin miedo al hambre de una parte de la población, por mínima que sea. (Introducción, p. 3)

Al ser la realidad más rica que cualquier pensamiento, como afirma Garrigou-Lagrange, no se puede agotar su conocimiento. Ni del propio ser ni del de los demás. Sabemos que la ciencia es necesaria para la existencia humana, pero Bacon la quiere hacer responsable de la felicidad. Sería una "felicidad" superficial. Porque la ciencia y la ingeniería logran explicar en la teoría –a nivel fenoménico– y realizar en la *praxis*, y hasta cierto punto controlar los fenómenos naturales, pero nunca el pensamiento positivista pudo desprenderse de la contingencia de esos fenómenos objeto de sus estudios, naturales o sociales, que han puesto en crisis el pensamiento sobre el propio ser humano y ha generado una reacción con la crisis del sentido de la realidad en la reflexión filosófica del siglo XX (fenomenología, existencialismo, hermenéutica, personalismo, psicoanálisis, etc.).

Por eso, se precisa, primero, callar ante algunas no-possibles- respuestas-científicas y existenciales. Hemos perdido el sentido del silencio para observar y profundizar en lo que a simple vista no se puede cuantificar, medir, explicar ni predecir.

¿Y qué es “palabra”? Palabra se dice *lógos*, en griego. *Lógos* significa pensamiento y palabra. Cada cosa tiene un sentido y es por ese sentido que podemos comprenderla. Los seres han sido hechos gracias al Sentido con mayúscula. Para descubrirlo y penetrar en él, hace falta silencio. El sentido no se manifiesta sino en el silencio. El ruido tapa el sentido, lo envuelve y cuesta desbrozar esos envoltorios a veces muy sucios y complicados; es necesario entonces callar para descubrir el sentido. (Komar, 2006, p. 11)

Cuando se está en presencia de algo que consideramos importante, sagrado (como decíamos más arriba) y digno de nuestro interés, queremos escuchar, y para escuchar necesitamos poner atención, y la atención exige silencio. “Cuando captamos el sentido de las cosas nos enriquecemos. Contemplar los seres, darse cuenta, amarlos, nos llena de fecundidad pues esa contemplación automáticamente se transforma en alguna actividad” (2006, p. 15). Y he aquí, devuelta, la fundamentación que sostiene la primacía de la *teoría* sobre la *praxis*.

Y ¿qué es lo más importante de la decisión sino que el conocimiento de la realidad sea transformado en resolución de obrar? No otra cosa significa el famoso apotegma de Göethe: «En el hacer y obrar, todo depende de que sea comprendido el objeto *puro* y sea tratado según su naturaleza» [*Maximen und Reflexionen*. Ed. Günther Müller. E. de bolsillo Kröners, t. 186]. «Comprender el objeto puro» no puede significar más que considerarlo en todos sus aspectos, no desviar o enturbiar la mirada por «intereses no objetivos», aceptar la medida del objeto y de la realidad misma, es decir, conocerlo teóricamente.

De tal percepción, puramente receptiva, nace – según los antiguos – la posibilidad de la *praxis*. El hacer humano es tal porque le precede una orientación hacia la realidad que lleva hasta el descubrimiento del *ser*. (Pieper, 1998, p. 214)

De esta manera, podemos fundamentarnos en un terreno firme al momento de pensar y de hacer; un terreno que nos genera vértigo porque no nos promete certeza científica –en el sentido moderno–, pero nos adentra en el sentido profundo del *ser* –

aunque sea nebuloso— y en una certeza más perdurable. La falta de este terreno firme, aunque con cierto vértigo, es la superficialidad, que genera, por ejemplo, imposibilidad de tomar decisiones de vida por convicción, y esto se observa constantemente en la cultura de hoy. Un día decido esto, otro día lo dejo y decido esta otra cosa; se pierde la constancia, firmeza y fidelidad al *ser* de los otros y a nosotros mismos, porque nunca nos detuvimos a contemplarlo, elegirlo, hacerlo parte de nosotros, asumirlo y amarlo.

Podemos afirmar con Chesterton lo siguiente sobre el hombre actual: “Su enorme poder para disfrutar destruyó la mitad de su alegría. Al buscar el placer, perdió su placer principal, pues el placer principal es la sorpresa” (2008, p. 38). Se busca cada vez más lo extraordinario porque se vacía de sentido y se pierde el gusto por lo ordinario — que es lo que los *hobbits* tenían muy bien incorporado—, debido a la incapacidad de profundizar en el propio ser y en el ser de las cosas. Es lo que Komar trata en su curso de metafísica cuando habla del esencialismo, en contraposición con la noción de participación. Cuando no hay conciencia de la participación del Ser Absoluto en lo finito que a su vez nos relaciona con los demás seres, necesitamos buscar cada vez más lo extraordinario, porque no se sabe la grandeza de lo ordinario (cf. 2010, pp. 195-196). “La falta de actividad interior puede disimularse con una gran laboriosidad exterior” (Komar, 2006b, p. 12).

Guardini lo expresa así en el comienzo de su ensayo “La aceptación de sí mismo”:

A nuestra expectación le gusta buscar lo interesante e inaudito: pero mientras nos aferramos a ese deseo, lo realmente importante se reviste del carácter de lo cotidiano, desapareciendo así a la mirada. El auténtico pensador debe aprender a traspasar la apariencia de la obviedad, penetrando en la profundidad sumergida. (2011, p.13)

Más adelante, escribe:

Ocurre que, en efecto, las personas con que tratamos diariamente nos llaman menos la atención que alguien a quien encontramos de repente. La proximidad diaria es una cobertura que esconde lo peculiar. (p. 35)

Esta dimensión espiritual del conocimiento ante el misterio, que nombramos en la introducción, reclama silencio, y “...el silencio es condición del realismo, el bochinche está al servicio de las fantasías raras, de los idealismos, de las ilusiones [...] Es el silencio el que nos revela la naturaleza de las cosas, el que conduce al realismo” (Komar, 2006, p. 23).

Hemos perdido esta capacidad, por lo menos en lo observable de nuestra actualidad y nuestra cultura globalizada. Cuando no tenemos nada más que hacer agarramos el celular y nos introducimos en un mundo virtual infinito que está pensado para retenernos allí con él. Es un placebo y una distracción constante para la mente y nos vuelca hacia afuera, hacia la vida de la imagen de los demás y de la propia imagen, nos enajena del ser. Justamente, la palabra nos lo dice: es virtual. No hay nada que contemplar allí. Se asemeja a un no-ser, a un ídolo — en griego *εἴδωλον*: imagen, apariencia —. Y nos convierte en seres inauténticos.

Nunca podremos callar interiormente si no nos quedamos haciendo nada, nada útil, nada pragmático que posea una meta, simplemente quedarse sentado escuchando la naturaleza de lo que se nos revela y la propia naturaleza interior. Y esta última es la más ardua de navegar: “¿Y cuando no se trata de un encuentro, sino que soy yo mismo el que me encuentro? Entonces hay una distancia mayor que si tuviera que recorrer largo camino” (Guardini, p. 35). “Lo mejor y esencial de la teoría filosófica es la muda admiración que se inclina sobre el abismo luminoso [y por eso misterioso] del ser” (1998, p. 216).

Estamos padeciendo la *acción* que nos aleja de lo más propio y pleno de la naturaleza humana. Incluso estar haciendo esta crítica es una reacción a una sensación que yo mismo experimento. Una mujer me dijo hoy en la librería: “mi viejo, una persona muy sabia, me dice que hoy el tiempo se nos escapa por querer hacer mucho”. Y se nos escapa por la pretensión de correrlo y detenerlo, o de aumentar la cantidad de horas en el día.

La dominación adopta una forma inteligente y se expresa como una permanente exhortación a rendir más. Esta coacción sutil hacia el rendimiento es interpretada, desafortunadamente, como un aumento de la libertad. Hoy nos explotamos por propia voluntad y con la creencia de que *nos estamos realizando*. Nos entregamos al culto del yo, a la misa del yo, en la que todo el mundo es sacerdote de sí mismo. (Han, 2024, p. 96)

Interioridad

De a poco nos vamos introduciendo en una realidad profunda que reclama adentrarnos dentro de nosotros para conectarnos con lo más verdadero y auténtico detrás de las apariencias. Ante tanta superficialidad, se torna necesario volverse hacia sí mismo e introducirse en ese misterio que somos nosotros mismos. “La gente está decepcionada porque nadie escucha a nadie [...] todos gritan, pero nadie escucha” (2006, p. 20). Es necesario callar y entrar “Ahí donde estas verdades se ven, allí brilla la luz, luz inmune de toda extensión local y temporal y de toda imaginación sensible [...] Así renace el hombre interior, en tanto que el exterior se va deshaciendo de día en día (San Agustín, 1992, XXXIX, 72; XL, 74).

Esta “actividad interior” solo se podrá realizar en silencio y fuera de todo fin utilitario. Nos cuesta horrores sentarnos simplemente a observar, estar, escuchar, contemplar y contemplarnos. “Dado que solo percibimos la vida en términos de trabajo y de rendimiento, interpretamos la inactividad como un déficit que ha de ser remediado cuanto antes. La existencia humana en conjunto está siendo absorbida por la actividad” (Han, 2024, p. 11).

En el volverse a sí mismo está el comienzo de la filosofía, en ese silencioso diálogo interior del alma consigo misma, procesión del *lógos* interior (cf. Teeteto, 189e). Porque nos acercamos al ser más verdadero, autónomo, libre y auténtico. Y es desde allí que indagamos la realidad interior y exterior. A medida que profundizamos en el propio misterio, aprendemos a escucharnos y descubrimos un espacio interior, una celda donde

habitar y desde donde contemplar el mundo. No es una huida, es una presencia que clama a gritos ser escuchada: la voz de la realidad y su verdad, la voz del ser.

Se pregunta san Agustín: «¿Qué cosa más cerca de mí que yo mismo?» [Confesiones, X, 16, 25]. Sin embargo, descubre que es una especie de infinito, al que califica como: «El abismo de la conciencia humana» [Confesiones, X, 2, 2]. [...] ¿Quién ha llegado a su fondo? [...] no soy yo capaz de abarcar totalmente lo que soy. [...] es angosta el alma para conocerse a sí misma. [...] Como en el océano, en el propio yo reina el silencio total. Se vive en el silencio. Las voces exteriores impiden a su vez escuchar algo. Es preciso un oído metafísico, para escuchar la voz de la trascendencia, que habla en el silencio interior. (Forment, 2009, pp. 26-27)

Y desde esa celda interior y ese *atrium*, seremos capaces de comunicarnos más auténticamente con el misterio de la realidad de las cosas que se me aparecen y con los otros seres humanos. «...esa celda interior podemos construirla en el mundo [...] es posible en la urbe moderna crear un oasis de silencio interior» (2006, p. 23). La celda, en la espiritualidad cartuja y en los Padres del desierto, representa el lugar interior más profundo del alma y el atrio sería su antesala, lugar desde donde el ser está abierto al exterior, lugar de relacionalidad del ser, pero profundamente conectado con la celda, no disgregado (creo que es una excelente imagen que expresa la integración *teoría y praxis*: vínculo con el interior y el exterior).

Vivir solamente en el *afuera o hacia afuera*, externamente, como se da tanto hoy, es vivir en un vacío de lo humano. El llamado a la interioridad en tiempos como los nuestros se hace urgente para salvar al hombre en su esencia. El afuera del hombre, lo externo, su propio cuerpo y lo exterior a él, realidad que está también llamada a ser hospedada en su alma, empezarán a recibir la profundidad del espíritu solo si son vividos desde ese fondo más profundo, desde ese silencio del encuentro con uno mismo... (Cafferata, 2021, pp. 145-146)

Desde allí el ser está abierto a la totalidad. Parece paradójico que lo más íntimo y profundo del hombre esté en conexión más intensa con lo más universal: la totalidad del ser. Por eso, a partir de ese diálogo interior y de la actitud receptiva y abierta a todo lo que es, brotan las preguntas más profundas e íntimas que a su vez son las más universales y aspiran a la totalidad, no con actitud soberbia ni con ánimo de imponer, sino con auténtica inclinación amorosa y natural que no deja nunca de asombrarse.

Aprender a contemplar es un arte, que implica apertura y atención. [...] Es que la contemplación es un peldaño hacia la trascendencia; y, siguiendo a san Agustín, entendemos que la verdadera paz del corazón se da en presencia de lo sublime, y la belleza y la profundidad de sentido de ciertas realidades son lo que nos acerca a lo sublime. (Delbosco, P. , 2019, p. 137)

Inclinación amorosa

Esta apertura del propio ser es la posibilidad de comunicación con el ser real de todos los entes, en especial con las demás personas. La categoría relación es lo que más

define nuestro ser, debido al singular grado de apertura con el entorno, y porque en la comunicación adquirimos la perfección. Esta es la actitud realista en filosofía, antes que una doctrina. Porque “... se puede ser partidario del realismo filosófico sin tener una actitud realista ante el ser, ante lo real, ante lo concreto. Y, a la inversa, se puede ser muy realista [...] sin tener la menor idea de filosofía” (Berro, 2024, 30m28s). Miguel de Unamuno de vez en cuando se iba de la Universidad de Salamanca, donde era rector, al campo, a encontrarse con campesinos, buscando sabiduría y realismo (cf. 2024, 31m), buscando una actitud de silencio, escucha y atención ante una presencia. Una actitud que nos enseñan las personas sencillas. Y esa actitud contemplativa se transforma luego en una sabiduría encarnada que se transmite y difunde por ser buena y verdadera. Y es una inclinación que brota del mirar amoroso y positivo por la bondad misma del ser, como citamos en la introducción.

¿Qué es lo que se quiere lograr propiamente con este interés amoroso? Que la mirada hacia el mundo sea más aguda, sensible y penetrante; que la realidad en cuanto tal pueda ser experimentada con más profundidad; en una palabra: que el conocimiento sea de un modo más perfecto *puramente teórico*. (1998, p. 215)

Es este, además, el fundamento metafísico de la libertad humana. Parece una paradoja, pero el ser humano, cuando se contempla, descubre en su interior una dependencia del ser que fundamenta su libertad. Eudaldo Forment lo expresa muy sabiamente:

Desde una actitud de aceptación de la dependencia metafísica y de una profunda confianza —que podría también llamarse «confianza metafísica»—, el ser se revela en su verdad y también en su bondad. A su vez, desde este fondo metafísico, verdadero y bueno, se revela la bondad del ser dependiente que tiene el hombre. La dependencia no es algo humillante, si va acompañada de la bondad.

El ser dependiente es positivo cuando es el resultado del amor. Entonces no es propiamente dependencia y permite también la libertad. El mismo amor humano reproduce este amor metafísico, que fundamenta al mismo hombre. (2009, p. 82)

La contemplación, entonces, nos abre al ser. Y por eso no hace libres en una dependencia. Sabiendo que cada cosa posee un ser en sí que debe perfeccionar. La actitud contemplativa nunca va a imponer su visión, debido a esta misma inclinación afectiva que la caracteriza: es un “«amor» a todo lo que es; alegrarse por la forma característica de cada cosa y querer que se realice según ella. (Todo esto hay que pensarla como absolutamente libre de todo sentimentalismo filantrópico autocoplaciente)” (Pieper, 2009, p. 12). Amar es dejar que el otro sea, implica libertad. Si esto no es así, el “amor” busca imponer y poseer (ya sea en la educación de un hijo, de un alumno, en el amor de amistad o de pareja), eso no es una actitud realista.

Lo podemos corroborar por nosotros mismos: hay personas que no soportan estar solas y están atentas a todo sobre los demás y buscan poseerlos para su propio bien. Es la pérdida del sentido de lo sagrado en el ser de otro que debería desarrollarse según su

propia identidad, no según mis esquemas y estructuras⁶. Esto, desde otra perspectiva, es un gran campo estudiado por la psicología: qué es lo que hace que una persona sea manipuladora y controladora de todo lo que le pasa alrededor y de los demás. Quizás nunca fue tratada con ese respeto a su libertad y hasta ha sufrido diversos abusos y se la ha violentado, de tal modo que desconfía de todo y de todos –por ejemplo, la teoría de los apegos–.

Entonces, el ser que se logra descubrir –en la medida de lo posible– y perfeccionar, produce perfección en los demás seres, porque se comunica inevitablemente. “Las personas perfectas, justas, santas, promueven santidad alrededor de sí” (Komar, 2006, p. 25).

Hay aquí también un gran tema en filosofía: si primero hay una inclinación natural amorosa vinculada a la voluntad, o primero hay un descubrimiento del ser, vinculado a la inteligencia. No nos adentraremos, simplemente citaremos un artículo de Patricia Schell, en el que explica brevemente el caso recién planteado para la psicología:

La afectividad y el conocimiento están llamadas a estar juntos, de allí que no sea extraño que la distorsión de alguna de estas dos dimensiones suponga a la larga una deformación de la otra. Aunque se pueda sostener una disociación por algún tiempo, finalmente *de la abundancia del corazón habla la boca*” (2007, p. 532).

O, de manera más concreta y simple, ya lo expresó San Gregorio Magno: “amor ipse notitia est”: el amor en sí mismo es conocimiento (citado por el papa Francisco en Lumen Fidei, 27). Es el amor, *eros* y *ágape* juntos, el movimiento que sale de dentro hacia fuera y me inclina hacia lo otro y, a su vez, me habla de mi mismo.

Para volver a las bases de la filosofía, finalizaremos citando a Platón, Aristóteles y a Santo Tomás, y el vínculo que han encontrado entre contemplación, amor y felicidad. Observemos cómo dejan la puerta abierta a lo trascendente.

Si alguna vez llegas a verla [la belleza en sí], te parecerá que no es comparable ni con el otro ni con los vestidos ni con los jóvenes y adolescentes bellos, ante cuya presencia ahora te quedas extasiado y estás dispuesto, tanto tú como otros muchos, con tal de poder ver al amado y estar siempre con él, a no comer ni beber, si fuera posible, sino únicamente a contemplarlo y estar en su compañía. [...] para adquirir esta posesión difficilmente podría uno tomar un colaborador de la naturaleza humana mejor que Eros. (Banquete, 211d; 212b)

Ya sea, pues, el intelecto ya otra cosa lo que, por naturaleza, parece mandar y dirigir y poseer el conocimiento de los objetos nobles y divinos, siendo esto mismo divino o la parte más divina que hay en nosotros, su actividad de acuerdo con la virtud propia será la felicidad perfecta. Y esta actividad es contemplativa, como ya hemos dicho. (Ética a Nicómaco, X, 7, 1177a15)

⁶ Eso sería una actitud “kantiana” ante la vida, en contraposición con la realista que nombrábamos arriba. Se imponen las categorías *a priori* del propio sujeto a la realidad, perdiendo así la capacidad de contemplación.

Según Santo Tomás, la felicidad última del hombre consiste en la contemplación de la verdad: “...ultima hominis felicitas sit in contemplatione veritatis” (C. G., 3, 37). “Ella expresa una completa concepción cósmica, principalmente una concepción que busca las raíces de la naturaleza del hombre y del sentido de la existencia humana” (Pieper, 1998, p. 232). Santo Tomás es testigo de aquella tradición. La tradición de la felicidad como *makários* (bienaventuranza), que “significa la participación de los hombres en la felicidad sin mal alguno de los dioses” (1998, p. 233). Por lo tanto, en la contemplación se encuentra la auténtica felicidad. Una felicidad contenida en el ser, que reconoce y no sobrepasa sus límites y descubre su libertad en la dependencia metafísica y en la comunicación con los seres auténticos que lo rodean. A veces esta concepción se malinterpreta como un “intimismo” desentendido del mundo. Al contrario, nos vincula con lo más real del mundo y nos conduce a una auténtica y necesaria *praxis*, no al hacer por el hacer. Es el hacer de la *urgencia de la caridad*—salir de sí—que nombra San Agustín—tomado de 2 Cor 5, 14—reflejando su propia vida espiritual—contemplativa y pastoral—, en “La Ciudad de Dios” (XIX, 19). Es tomar como colaborador a Eros para que nos conduzca hacia un *ágape* en el que se difunde la bondad, la belleza y la verdad interior que se ha descubierto y contemplado, en uno mismo, en el mundo circundante, y en los demás.

Conclusión

Nos hemos propuesto tratar sobre la contemplación como fundamento de la filosofía desde el principio y algunos presupuestos físicos, metafísicos, gnoseológicos que la establecen como orientadora de toda la actividad humana. Justamente la filosofía es la búsqueda de fundamentos. Tuvimos que definir qué entendemos por naturaleza para saber qué es la actitud contemplativa del realismo filosófico. Luego, aclarar qué significa originalmente *teoría*. Para después comenzar a realizar un camino “descendente” hacia la interioridad, pasando por lo sagrado y el misterio de la realidad, el silencio que exige y el recogimiento que descubre en sí los mismos misterios insondables del ser –en donde permanecemos ignorantes a nosotros mismos–, y desde donde el sujeto se vincula más auténticamente con la realidad trascendente y a la vez concreta, que lo lleva a una sincera y necesaria actividad (*práxis*).

Es un tema inagotable, como la filosofía misma. Hemos intentado redescubrir la gran riqueza que contiene la tradición clásica –donde nació propiamente la filosofía– y medieval a partir de esos mismos autores como de algunos más modernos y contemporáneos que han sabido comprender y renovar esas verdades. Ellos supieron contemplar y gustar la realidad natural tal como se presenta y profundizar en ella. Espero que, en la medida de lo posible y en este mundo de hoy, podamos volver a esta actitud que nos sumerge en un misterio cargado de sentido y nos hace gustar la vida en su cotidianidad. Para transmitir lo simple que resulta ser feliz; creo que lo difícil hoy es ser simple.

Referencias

- Arendt, H. (2002). *La vida del espíritu*. Paidós.
- Arendt, H. (2024). *La condición humana*. Paidós.
- Aristóteles. (2007). *Física*. Gredos.
- Aristóteles. (2019). *Acerca del alma*. Gredos.
- Aristóteles. (2019). *Ética a Nicómaco*. Gredos.
- Aristóteles. (2021). *Metafísica*. Gredos.
- Cafferata, M. S. (2021). El simbolismo de la celda y del atrio en los Padres del desierto como espacios de hospedaje de Cristo y del hermano. *Revista Teología*, 58(134), 133-150. doi:<https://doi.org/10.46553/teo.58.134.2021>
- Chesterton, G. K. (2008). *Ortodoxia*. San Pablo.
- Delbosco, H. (2008). Introducción. En J. Pieper, *Filosofía, Contemplación y Sabiduría* (pp. 5-28). Ágape.
- Delbosco, P. (2019). *Educar en la posmodernidad*. Bonum.
- Forment, E. (2009). *Metafísica*. Palabra.
- Francisco. (2013). *Lumen Fidei*. Conferencia Episcopal Argentina.
- Garrigou-Lagrange, R. (1945). *El sentido del misterio*. Desclée De Brouwer.
- Guardini, R. (2011). *La aceptación de sí mismo*. Lumen.
- Han, B.-C. (2024). *Vida contemplativa*. Taurus.
- Introducción. (s.f.). En F. Bacon, *Nueva Atlántida* [PDF]. Editorial desconocida.
- Komar, E. (2006). *El silencio en el mundo*. Sabiduría Cristiana.
- Komar, E. (2006). *La verdad como vigencia y dinamismo*. Sabiduría Cristiana.
- Komar, E. (2010). *Curso de metafísica 1972-1973 (II)*. Sabiduría Cristiana.
- Marcuse, H. (1954). *El hombre unidimensional*. Planeta-Agostini.
- Pieper, J. (1998). *El Ocio y la Vida Intelectual*. RIALP.
- Pieper, J. (2009). *La realidad y el bien*. Córdoba.
- Platón. (2010). Banquete. En Platón, *Platón I, Diálogos*. Gredos.
- San Agustín. (1992). La verdadera religión. En C. Basevi, *¿Por qué creer?* (pp. 109-231). Eunsa.
- San Agustín. (2022). *La Ciudad de Dios*. BAC.



Santo Tomás de Aquino. (4 de noviembre de 2024). *CORPUS THOMISTICUM*.

<https://www.corpusthomisticum.org/>

Santo Tomás de Aquino. (4 de noviembre de 2024). *Suma Teológica*.

<https://hjg.com.ar/sumat/index.html>

Schell, P. (2007). De la abundancia del corazón habla la boca, la afectividad y el conocimiento en Santo Tomás de Aquino. En O. H. Beltrán, H. J. Delbosco, J. F. Franck, J. P. Roldán, *Contemplata aliis tradere*. Dunken.